

OCTAVIO UÑA

POETA

Con estas breves palabras quisiera rendir homenaje a la escritura poética de Octavio Uña, un deseo que nace en el pasado siglo cuando Octavio y yo, a pesar de compartir profesión en un mismo centro universitario como docentes en distintas ciencias sociales, cruzamos nuestras biografías por una dedicación al arte de la escritura. Por entonces trabajaba yo con diversos tipos de creadores plásticos y literarios, y me acerqué a Octavio para conversar sobre su creación poética, sobre el valor de la memoria como instrumento recurrente en ese tipo de escritura que, quienes la practican no aceptan clasificarla como ficción, sino como algo bien real, tan denso de realidad como el sentir plenamente humano. A aquel primer encuentro siguieron otros y otros, siempre menos de los que hubiésemos querido poder realizar, pues siempre nos ataban distantes obligaciones académicas. El interés compartido por la belleza literaria nunca se lleva bien con agendas, horarios y compromisos profesionales.

Octavio es un hombre muy culto, muy larga y pluralmente formado, lejos, muy lejos, de aquel tipo humano especialista que Don José Ortega y Gasset calificaba de *masa*. Octavio, más allá de su amplia dedicación a la Sociología, es, fundamentalmente, un creador, alguien que usa la palabra como pura energía vital, como lengua milagrosa que da realidad a cuanto con ella pone ante nosotros. Su larga trayectoria académica y viajera, no solo en su peregrinaje formativo, sino como investigador y docente, abruma al constatar un trabajo inmenso y múltiplemente expuesto ante tan distantes y variados foros universitarios. Qué gran contraste observamos entre tanto trabajo y dedicación, y el secreto e imprevisible quehacer de su escritura. Un lápiz y un papel, y cuando no, memoria, bastan para levantar acta de la irrupción inapresable de la vida. Cuán lejos queda la ansiedad cotidiana con la que -nos dice Byung-Chul Han- nos auto explotamos y la verdad sin nombre con la que fluye el Duero de los poetas, ese río de la vida que llega como Douro al océano, donde recibe el lento y alto abrazo de las olas.

El oro de los días y las horas, ganado con los años de la vida, ilumina su saber y da metal incorruptible a la voz del poeta. Castilla atravesada por el mar hasta el fondo del alma. Hijos del mar y de la tierra son los frutos de

sus versos, frutos bendecidos solo por la soledad y el silencio, con todo el espíritu como testigo de tan intenso matrimonio, sin otra acta ni documento que el propio poema arropado y acunado en el calor blanco del papel, abrochado con el hilo de las letras, alimentado con la leche transparente de los ojos cerrados, de su mirada interior tras recorrer el camino sorprendente de la memoria.

Toda creación descubre lo que encuentra con la misma entrega de la atención, con la misma apertura del alma, tanto en la poesía como en la ciencia. Pero mientras en ésta trabajamos sin descanso, diseñamos el camino y perseguimos hasta el final la estrella que dibujamos, en la otra nada podemos hacer más que esperar al pie del alma abierta por su herida, con la lámpara encendida hasta que apunte en el horizonte el perfil borroso, sin rostro, de la *brisa suave* del esposo. Si llega, sorprenderá al poeta velando el arma de su pluma, abierto el tintero del alma, arrodillado, esperando la bendición del acero.

La poesía de Octavio brota de ese fondo al que llega esa *brisa suave*. Allí la espera y la recibe con profundo respeto, le abre “el corazón a los silencios … todo pie ya sin suelo, / sólo el mundo palabras”, solo sustentado por la obediencia de quien olvida todo orgullo, de quien calla su voz para que suene el río, el viento, la historia, el vuelo. Si fue “niño sin pan”, en ello vemos el origen, el lugar en el que se ubica el poeta contemplando la vida, atento -diría Heidegger- a cuanto irrumpre en la *poiesis* de toda experiencia, de cuya valiente escucha nace la originalidad, la verdad que no depende del poeta. Ese lugar en el seno de sí mismo siempre ha acompañado a Octavio, ha sido la matriz en cuyo seno el poeta ofrece al mundo su inocencia, como San Sebastián su cuerpo a las saetas. El lugar desde el que escribe no es el dolor, ni el sentimiento, no es la añoranza ni el deseo, aunque todo sentir y recuerdo acuda como el agua y la arcilla para poder moldear un cuerpo, es, más bien ese cuerpo vivo de la verdad, tan lleno de gozo como de sufrimiento, en el momento en que levanta el vuelo.

Siempre hemos de agradecer a los poetas la valentía que hace posible su trabajo, pues no es fácil mantener alerta su atención en esa dirección hacia la vida, al lugar del parto en el que tantas esperanzas y dolor se unen sin superar jamás unas y otro la potencia de la realidad que por sí sola se presenta y nos trasciende.

Ricardo Sanmartín Arce